

Covadonga O'Shea

Volvería a vivir  
Incluso en los días nublados

# ÍNDICE

<i>Volvería a vivir</i> .....	15
-------------------------------	----

## PRIMERA PARTE BILBAO, PARÍS Y PAMPLONA

1. EN BILBAO, EN CASA DE LA «BISA» .....	19
En la calle Elcano de Bilbao .....	21
El año María .....	22
Las clases de piano con la señorita Amelia .....	24
La purrusalda .....	27
Papá Noel de Bilbao .....	29
Los veranos en Orozco, el paraíso de los primos .....	31
De Bilbao a Neguri .....	33
Una apuesta a ganador pleno .....	34
El cariño de mis padres .....	35
2. DEL COLEGIO A LA UNIVERSIDAD: LA SORBONA .....	37
Un año en la Sorbona .....	38
La moda y Dior en París .....	39
París en <i>tenue de campagne</i> .....	40

Maurice Chevalier: «El público siempre me hizo feliz» .....	42
3. LOS SANFERMINES. «TONTERÍAS, NI MEDIA» .....	44
La vuelta ciclista .....	47
Un giro de 180 grados .....	48

SEGUNDA PARTE  
LA AVENTURA DE *TELVA*

1. NACE MI PASIÓN PROFESIONAL .....	53
La fecha: octubre de 1963 .....	55
El gran Dalí .....	57
Boda de Constantino y Ana María .....	58
Dos éxitos inesperados: la moda y Raphael en <i>Telva</i> ..	62
El trabajo de la mujer no tiene nada de <i>hobby</i> .....	64
2. COCO CHANEL Y MIS PRIMEROS	
GRANDES PERSONAJES .....	66
María Luisa Halcón, Mujer Ideal 1967 .....	71
André Frossard sigue diciendo a gritos: «Dios existe, yo me lo encontré» .....	73
Gracia de Mónaco, alteza y mujer serenísima .....	76
Pilar Careaga, la primera alcaldesa de España .....	78
Arthur Rubinstein: «El éxito es una cosa muy aburrida, porque se repite» .....	82
Eduardo Chillida: «Mis esculturas no son metralletas» .....	84

3. EL PAPEL DE LA MUJER EN LA SOCIEDAD SEGÚN SAN JOSEMARÍA .....	88
Al volver de Atenas .....	89
Nuestro cuestionario en pleno Mayo francés .....	90
La familia y la sociedad necesitan de la mujer .....	91
Una defensa apasionada de la libertad .....	93
4. ENTRE POLÍTICOS, TOREROS Y ARTISTAS	
EN CUALQUIER MOMENTO .....	95
Antonio Bienvenida, un torero muy vivo	
en mis recuerdos .....	103
Gustave Thibon, el filósofo campesino .....	105
Un jerez con Margaret Thatcher .....	108
Jean Cau: «Que la mujer no pierda	
el sentido del misterio» .....	111
Así celebramos los cincuenta años	
de Miguel Delibes .....	115
Victor Frankl y la Estatua de la Libertad .....	118
Janne Haaland: el nuevo feminismo .....	123

TERCERA PARTE  
NUEVA ETAPA: EDICIONES CÓNICA

1. <i>TĒLVA</i> SIGUIÓ SIENDO <i>TĒLVA</i> .....	129
Chica <i>Telva</i> .....	130
Así se cuidaba un número de moda .....	131
Valentino, la elegancia de la mujer .....	134
Una mañana en la Zarzuela .....	138
Mi entrevista con la reina .....	140
La irreplicable Carmina (Pouso) .....	144
Barcelona 92 .....	146

Premios Telva a la Solidaridad .....	148
«No tengo nada que ponerme» .....	150
Sofía Torga, una grande de la moda .....	152
Premios de la Moda: había que espabilar .....	156
Armani, el éxito no es una quiniela .....	157
La gran aventura de Argentina .....	161
<b>2. RECUERDOS DE ALGUNOS VIAJES POR EL MUNDO .....</b>	<b>165</b>
Del encanto de una boda en la India	
al espanto de hacer el indio en una boda .....	165
Mis memorias de África .....	168
Fred, el minero .....	171
Una mirada desde el Muro de Berlín .....	174
Mi primer día de trabajo en Nueva York .....	176
La belleza de Milán .....	181
Seis horas en Barajas .....	184
Cuzco, el mejor invento contra el estrés .....	187
<b>3. CON LA MODA Y EL MODO .....</b>	<b>191</b>
Las clónicas .....	191
Ralph Lauren: «Nunca he perseguido	
un lujo aparatoso» .....	193
Escuchando a Gabriel García Márquez .....	195
Kate Moss y su pequeño mareo .....	196
Con Beatriz de Orleans recorriendo Europa .....	199
Mis encuentros con Moschino .....	202
Mary Higgins Clark .....	205
Jesús del Pozo, un peregrino de la belleza .....	208
Paloma O'Shea, sonata para una mecenas .....	210
Louis Pauwels, sin complejos .....	212
<b>4. A FAVOR DE LA VIDA .....</b>	<b>217</b>
Jérôme Lejeune, un sabio .....	219

El testimonio admirable de Teresa de Urquijo .....	222
Una mujer que no pasará de moda .....	222

CUARTA PARTE  
REFLEXIONES Y SORPRESAS

1. LA MUJER, PROTAGONISTA DEL SIGLO XX Y DEL XXI ...	229
El Instituto de la Mujer .....	230
III Conferencia de la Mujer .....	231
Bucarest, los inicios .....	232
IV Conferencia de la Mujer .....	234
2. BOSTON .....	237
Lo contrario al Mayo del 68, la familia con valores ...	238
Nada como una pizca de ánimo paleta .....	241
La vuelta al <i>college</i> .....	244
3. LA CALIDAD DEL LUJO .....	246
Visita a una fábrica exquisita .....	246
El Comité Colbert .....	248
Cristóbal Balenciaga: «Siempre cien. Nunca noventa y nueve» .....	250
Givenchy, lección de moda en un probador .....	254
Arnault, un antes y un después en el lujo .....	258
4. DE LA NAVIDAD AL DÍA A DÍA .....	262
24 de diciembre. La noche que lo abarca todo .....	262
En la mesa y en el juego se conoce al caballero .....	264
Juan Pablo II, memoria e identidad .....	266
Los Blair: lo conservador es lo revolucionario .....	268
El <i>cocooning</i> .....	270

QUINTA PARTE  
DEL ISEM A MOSCÚ

1. DE BOSTON A LA CORUÑA .....	275
El 11-S en primera persona .....	277
2. HISTORIA DE UNA LOCURA. EL ISEM .....	280
La sede de ISEM en Madrid .....	283
Enrique Loewe, primera clase del ISEM .....	285
3. O'SHEA & MORO, FASHION BUSINESS CONSULTING ...	289
El viaje para conocer Primark .....	290
Amancio Ortega: «Todo empezó por mi madre» ....	290
La embajada y H&M .....	294
La Fashion Week de Moscú .....	295
Me enamoré del pueblo ruso .....	295
<i>Epílogo</i> . Del principio al final .....	297

## VOLVERÍA A VIVIR

Cada día que pasa, la convicción con la que titulo este libro la percibo con más ilusión y con un agradecimiento total. ¡A Dios, por supuesto, al que se lo debo todo, y a mis padres, que además de hacerme un buen hueco en este mundo desde el minuto uno hasta que nos dejaron, por suerte ya mayores, se dedicaron a hacer lo imposible para que disfrutáramos a tope del gran regalo de la vida!

Enseñaron a sus hijos, sin cansarse y con su ejemplo, que a base de trabajar le sacaríamos el mayor partido posible a lo que nos encontrásemos a diario.

Me parece que el momento en que vine al mundo, en abril de 1938, no fue el ideal. Nací en plena guerra. No teníamos ni casa: la de mis padres en Las Arenas, frente al mar, la quemaron cuando los nacionales entraron en Bilbao por el Alto de Begoña. Mi madre, con su primera hija en brazos, salió a tiempo y se refugió cerca de la fábrica donde trabajaba mi padre, en la otra orilla de la ría de Bilbao, en Baracaldo. Él, que siempre fue un valiente y un señor hecho y derecho, cuando salió de la cárcel



donde estuvo arrestado, decidió irse a luchar al frente del Ebro. Antes, como despedida, dejó a mi madre embarazada de una niña.

Esa niña se llama Covadonga. Sí, soy yo. Y presumo de la gran suerte de haber tenido unos padres a los que nunca agradeceré bastante lo que hicieron por sus hijos. Ellos y mi padrino asturiano me pusieron este nombre precioso en memoria de una Virgen que, en el año 711, en el Reino de Asturias, nos libró de aquella terrible invasión de unos enemigos que querían quedarse con nuestra tierra. Un nombre que según pasa el tiempo se valora más y se repite. Aunque a lo largo de mi vida casi siempre fui la única Covadonga y faltó poco para que se olvidaran de mi apellido, que es irlandés y que quiere decir «hija del mar». ¿Qué os parece?

Y ahora sigo con mi historia, que la he escrito con mucha ilusión.

Madrid, 19 de marzo de 2023

PRIMERA PARTE

BILBAO, PARÍS Y PAMPLONA

## EN BILBAO, EN CASA DE LA «BISA»

«**A**tus padres recién casados, el día que entraron los nacionales por Begoña, les quemaron su casa en Las Arenas», me dijo un día mi bisabuela Andrea con una voz muy baja, casi un susurro.

Ella me había acogido en su casa del paseo del Campo Volantín, en el centro de Bilbao y con vistas a la ría, al poco de nacer yo en plena Guerra Civil, el 29 de abril de 1938.

La bisabuela Andrea era mi madrina. Una señora, delgada como un junco, siempre impecable, vestida de negro, con encajes en la pechera; un pelo blanco, brillante que terminaba en un moño, que variaba a gusto de la peluquera.

A mí me parecía muy alta, sin duda alguna, porque yo no levantaba muchos palmos del suelo. Lo mejor de la «bisa» era su colección de botines de media caña, que recuerdo como algo maravilloso, y que nunca he vuelto a ver, ni tan siquiera en el cine más antiguo.

Cuando ya estaba arreglada, una doncella, perfectamente vestida con su uniforme de Los Encajeros, se instalaba a su lado,

en un pequeño taburete, para ayudarle a calzarse aquel «tesoro». ¿Cómo lo hacía?

Era un trabajo, casi de artesanía: tenía que abotonar, una a una, con un gancho retorcido, las diminutas bolitas de color azabache que pasaban por unos ojales a la medida exacta del botón.

Cuando la «bisa» se levantaba, después de todos sus ritos, se dirigía despacio, con aires de modelo pese a sus ochenta años, al cuarto de estar, donde tenía preparado el desayuno: una taza de té inglés, unas tostadas y un bollo de la pastelería Zuricalday.

En esos desayunos alguna vez me hablaba de mis padres: «Tu padre, Pepe, que era un valiente, cuando salió de la cárcel hizo un curso de alférez provisional como preparación para el combate y se fue al frente del Ebro para seguir, en ese punto clave, la lucha por España. Tu madre, Asunción, se refugió con tu hermana Paloma, en casa de unos amigos en Baracaldo. Yo, como era tu madrina, me quedé contigo».

Fue un tiempo muy especial de aprender de sus gestos serenos, de su mirada cariñosa, de sus detalles, pequeños pero inolvidables, con todos los que la rodeaban.

Nunca se lo agradeceré bastante. En aquellos primeros años aprendí una serie de maneras, que estoy convencida que han marcado el resto de mi vida. Nadie se ha sentado a mis pies para abotonarme aquellos botines irrepitibles. Y los bollos de mantequilla también pasaron a mejor vida.

Cuando terminó la guerra, volví a reunirme con mis padres, que se instalaron en pleno centro de Bilbao, en la calle de Elcano frente al Hotel Carlton y la plaza Elíptica. Jamás olvidaré aquellos años en los que viví con mi querida madrina.

## En la calle Elcano de Bilbao

Empezó un nuevo capítulo en mi vida. Todo mucho más normal. Éramos tres hermanos y medio; el cuarto estaba en camino. Después llegaron tres más hasta siete: cuatro chicas y tres chicos. Nos llevamos varios años entre los cuatro mayores y los tres pequeños.

Desde el balcón de casa veíamos entrar y salir a todo tipo de personajes del Hotel Carlton. A quienes mejor recuerdo es a los toreros, porque mi padre era un apasionado de los toros y me explicaba quiénes eran. A mí me fascinaba. Conocí a primeras figuras, como Luis Miguel Dominguín o Antonio Bienvenida.

Como las dos mayores éramos chicas, yo tenía que ser casi la sombra de mi hermana Paloma. Siguiendo los pasos de nuestra madre y nuestra abuela, estudiamos en el Sagrado Corazón, en la Gran Vía, a pocos metros de nuestra casa. Empecé a ir con mi hermana antes de cumplir los cuatro años.

Nuestra inolvidable y querida aña María me echó en cara un millón de veces cómo cada mañana me llevaba a rastras por la acera, llorando porque tenía sueño y no quería ir al cole. Al llegar, según me dejó claro, yo me quitaba las lágrimas y entraba como si nada...

De aquella época, recuerdo que en el colegio lo pasé en grande. Me gustaba estudiar y, por las tardes, al llegar a casa, me encerraba en mi cuarto para hacer los deberes. Mis padres no eran nada estrictos; lo hacía porque quería tener las mejores notas. A base de esfuerzo diario, lo conseguí.

Sin embargo, ¡qué mala suerte! Siempre fallaba en aquella retahíla de «normas estrictas de buen comportamiento», que

nos daban cada semana en un perfecto francés. ¡Qué broncas me gané!

La dirección del colegio opinaba con gran seriedad que algunas alumnas, yo entre ellas, teníamos ocurrencias muy lejanas al reglamento, perfectamente marcado. Comprendo que les costaba darme buenas notas y alguna matrícula de honor, pensé muchas veces. Seguramente consideraban que era un «mal comportamiento» el que mis amigas y yo no hiciésemos mucho caso a esas normas «hiperrestrictas».

¿Por qué ese sambenito? Me río al recordarlo. Lo nuestro no era falta de educación o de respeto. Éramos un grupo de amigas que, sin hacer ninguna barbaridad, queríamos pasarlo bien en cada minuto de la vida.

Por supuesto las clases eran sagradas y estudiamos mucho. Pero para los tiempos libres teníamos ideas y planes que jamás coincidían con los de aquellas encantadoras monjas.

Pese a todo, terminé el bachillerato, que entonces era duro, y guardo muy buenos recuerdos de aquellos años. Como punto de partida, las alumnas nos despedimos del colegio con una sólida base académica, educadas para la vida y con un nivel alto de francés, que fue fundamental en mi trabajo de periodista.

## **El año María**

No puedo seguir escribiendo sin hablar del año María, que en agosto de 1942 llegó a nuestra casa, que por aquel entonces empezaba a poblarse con más hermanos, para cuidarnos a todos. ¡Y qué bien lo hizo! Me emociona recordarla. Acababa de quedarse

viuda y tenía una hija, Rosi, a la que se había dedicado y siguió haciéndolo con su inagotable cariño de madre.

¡Fue famoso el tifus que pescamos todos los hermanos, ella incluida, como el buen capitán, por culpa del agua! Con varios cuartos convertidos en hospital de campaña, y una enfermera para atender al conjunto, ella se levantaba, a pesar de su fiebre, para ver si nos daban las medicinas que había dicho el médico y si nos ponían las inyecciones por encima de nuestros berridos... ¡Cinco niños caímos enfermos de golpe! Era para huir a muchas leguas de distancia. Pero ella nunca tiró la toalla. Siempre al pie del cañón, nos cuidó de mil amores, con algún zapatillazo en el trasero, como mandan los cánones del buen educador.

Hasta que un buen día desapareció de nuestro entorno... Un año después de casarse la mayor de las hermanas, nació la primera niña de la siguiente generación. Y se fue a cuidarla nuestra ña querida. «Solo te la presto, que es mía», repitió nuestra hermana pequeña sin cansarse, porque con sus cuatro años recién cumplidos no entendía aquel cambio. Se quedó desolada.

Cuando en 1992 celebramos sus bodas de oro en nuestra familia, le pregunté: «Ña, ¿cómo resumirías tú estos cincuenta años?, ¿se te han hecho cortos o largos?» Sin dudar un segundo me contestó: «Los días, cortos y las noches, largas». «¿Qué quieres decir, ña?», respondimos sorprendidos por la sentencia socrática que acabábamos de oír.

«Pues mira, una mañana me dijo tu madre: “Ña, qué bien ha dormido hoy la niña. Por fin hemos podido descansar”. Yo le dije: “Sí señora, ha dormido muy bien”».

Y continuó: «¿Sabes lo que había hecho? Coger el capacho y llevármela al salón, a la otra punta de la casa para que no la

oyeran llorar. ¡Y así lo he hecho tantas veces!». ¿Para qué seguir preguntando? Imposible resumir mejor una vida tan rica en valores impagables. Así era aquella mujer irrepetible.

### **Las clases de piano con la señorita Amelia**

Mi madre, una gran mujer, con mucha personalidad, decidió que teníamos que aprender de todo, al máximo y cuanto antes. Y así, en lo mejor del verano, empezamos clases de solfeo y de piano, de inglés y otras mil monadas con el fin de que el día de mañana fuésemos *comme il faut*.

Yo tenía tres años y medio cuando por vez primera me senté, con varios almohadones superpuestos, frente a un piano. Mi hermana, dos años mayor que yo, demostraba, desde muy pequeña, ramalazos de genio. Era verano, estábamos en Orozco, en la casona de la abuela, en pleno monte, donde solo podíamos escapar al jardín.

Nunca supe si me gustaba o no me gustaba el piano. Sé que mientras tenía que aprender a aporrear las teclas para que aquello sonase como quería la profesora veía a mis primos en el jardín. ¡Cómo lo pasaban! Se iban a cazar ranas, a perseguir a los patos y a divertirse con cualquier cosa. Como siempre ocurre, se acabó el verano.

De vuelta a casa, a Bilbao, las clases de piano continuaron. Por la tarde venía a nuestra casa la señorita Amelia para darnos las clases. Otro gran recuerdo que nunca se ha borrado de mi cabeza es el entusiasmo y la perfección de Paloma «la mayor», que dejaba a todos con la boca abierta cuando se sentaba y daba



sus «miniconciertos caseros». ¡Cómo chocaba la habilidad de mi hermana con mis protestas! Porque aquello a mí no me salía bien, no era lo mío y, como no me hacían caso, yo lo demostraba de mala manera.

Tengo un vago recuerdo de mi solapada declaración de guerra, que me han confirmado varios testigos presenciales. Todo empezó con una cierta resistencia pasiva. Cuando terminaba el concierto de la «genio» de la familia, Paloma, que nos deleitaba con música celestial, comenzaba mi turno. El contraste no podía ser mayor.

¿Será verdad lo que dicen las malas lenguas que, de vez en cuando, levantaba las teclas del piano con las uñas hasta que se quedaban duras e inamovibles? Por lo que sostenían, este era el truco que aprendí para escaquearme de una hora de clase con la excusa de que «el piano estaba roto». En lugar de las notas correspondientes, arrancaba sus lamentos, repetidos en mil tonos, y mi madre se apenaba: «Esta niña es imposible» y «yo no hago carrera con ella». El castigo, que por cierto me encantaba y me liberaba por unos días, consistía en no dar clase y encerrarme a leer.

No sé si para entonces había agotado la paciencia de mi familia o si habían comprobado que aquello no era lo mío. Sin embargo, un mecanismo de sentido común en mi interior empezó a decirme que me gustaba la música y que estaba dispuesta a demostrarlo. «¡Quiero aprender a tocar el violín!», dije con firmeza a mi madre. Al siguiente curso, mientras mi hermana seguía con su carrera de piano, gracias al buen humor de mi madre yo tenía clases de bandurria con uno de los famosos bocheros de Bilbao. Me aseguraron que no había profesores de violín...

Cuando alguien, al recordar épocas pasadas, comenta que estamos en manos del destino, veo muy claro que es así: cada uno, desde niños, forjamos nuestra personalidad y pateamos la ruta por la que nos lanzamos a vivir.

Mientras crecíamos, la música, de piano sobre todo, fue un acompañamiento continuo que inundaba desde el salón toda la casa. Gracias a Paloma conocimos las composiciones de Chopin, Mozart, Bach y Beethoven. En alguna ocasión reclamamos que interpretara algo más moderno en sus conciertos. La respuesta de la protagonista, clara, expresiva y rotunda, era: «¡No os dais cuenta de lo que es la carrera de piano! No puedes perder un segundo».

Las ocho horas de estudio diarias del conservatorio que había elegido le imponían una concentración absoluta en los clásicos... De la *Gran Polonesa* de Chopin, por ejemplo, puedo repetir cada nota como si la hubiese compuesto yo gracias a la infinidad de veces que la he oído. Y así de casi todas las mejores obras de la música escrita para piano.

Con su esfuerzo y constancia, a los quince años mi hermana mayor ganó el primer premio de su promoción en el conservatorio de Bilbao. Interpretó en la sala de la Filarmónica entre otras cosas, la sonata *Waldstein*, de Beethoven; *Evocación*, de la suite *Iberia* (Albéniz), y una obra de Liszt, *San Francisco de Paula caminando sobre las olas*.

Paloma, nuestra hermana mayor, ha sido una importante mecenas de artistas y músicos. Lo asombroso, cuando se la conoce bien, ha sido su arte y su forma genial de conjugar el sacar adelante una Escuela de Música Internacional, a base de un trabajo extraordinario, con su vida familiar de cada día desde su

boda con Emilio Botín hasta hoy: es madre de seis hijos, abuela y bisabuela de un buen puñado de nietos y biznietos a los que quiere y cuida como si cada uno fuese el único.

## La purrusalda

Si algo odiaba de pequeña era la purrusalda. Recuerdo aquellas cenas interminables en casa de la abuela, con un montón de niños —en verano nos juntábamos una verdadera tribu— alrededor de la mesa, y los platos llenos hasta arriba de esa sopa que a los mayores les parecía «buenísima», y «que alimentaba mucho», y no sé cuántos rollos más. A nosotros, a todos los niños, nos parecía un asco ese caldo lleno de hilos y de puerros. Cada vez que Margarita, una cocinera montañesa extraordinaria, preparaba el dichoso plato, se organizaba la tragedia:

—¡Pues yo no pienso volver a comer! —gritaba el más genuino del clan.

—¡Ni yo, ni yo, ni yo! —seguíamos los demás.

El año María, estupenda pedagoga, gran paciencia, mucho sentido común acumulado en años y años aguantando a la gente menuda, trataba de convencernos por las buenas. ¡Inútil! Allí nadie abría el pico nada más que para mantenerse firme en su postura.

—He dicho que no pienso comer y no pienso comer.

«¡Plaf!», un sopapo.

¡Griterío! ¡Insultos! Lloros. Amenazas.

—¿Te creerás que por las malas nos vas a convencer? —aquí un grito del mayor y la respuesta del año.

—A la cama sin cenar. Verás cómo mañana te comes la purrusalda para desayunar. Y si no, para comer. Y si no, por la noche. Te vas a enterar de lo que es el hambre.

Pucheros asustados de los más pequeños.

—¡Que yo quiero otra cosa!

En ese momento solía aparecer la abuela, enfadada por el griterío y siempre conciliadora. Con voz de pena intentaba arreglar el lío: «¿Por qué no probáis la sopa? Está buenísima. Si dejáis los puerros en una esquina del plato, os podéis comer las patatas».

Cuando éramos conscientes de que alguien nos hacía caso, nos creíamos y nos lanzábamos a conseguir «nuestros derechos»:

—Abuela, yo quiero huevos fritos con jamón.

—Yo una tortilla.

—Y yo otra, abuela.

Hasta que se imponía la voz fuerte del aña: «Se acabaron las tonterías. El que no quiera la purrusalda que no coma. No hay otra cosa para nadie. Y usted, señora, déjeme a mí con los niños; no sufra que yo le aseguro que ningún burro se ha muerto de hambre».

Cuántos platos de sopa, ya fría y condimentada con algún que otro lagrimón que caía desde nuestra furia hasta la mesa, nos hemos tragado al ver que nuestras amenazas no surtían ningún efecto y que allí se habían zanjado las negociaciones con la frase consabida, que no admitía ningún tipo de concesión: «¿Qué no quieres comer? Pues no comas. Peor para ti, y déjanos en paz».

## Papá Noel de Bilbao

La Nochebuena se celebraba siempre en casa de la abuela. Allí nos reuníamos tíos y primos, en un comedor donde los mayores cenaban en la mesa importante, y los pequeños en otra, al fondo, frente a un mirador donde lo pasábamos en grande.

Al terminar los platos tradicionales, que en Bilbao solían ser coliflor, besugo, pavo, compota y turrone, nos trasladábamos al salón, donde había un Nacimiento de los clásicos, puesto por «artistas» de las distintas generaciones, con un experto en alardes técnicos y de imaginación como director de escena.

El resultado era, cada año, la mejor reproducción de Belén y sus alrededores, con montañas de cartón recubiertas de corcho, de las que salían ríos de plata y escarcha. A lo lejos aparecía el castillo de Herodes. Los Reyes Magos avanzaban siguiendo en el horizonte una estrella muy brillante que les orientaba hacia su destino: el portal para adorar al Niño

Nosotros, al rodear el Nacimiento, cantábamos a grito pelado, con ganas de competir con el coro celestial que dio al mundo la Gran Noticia. Repetíamos como estribillo el «beben y beben los peces en el río, por ver a Dios nacido», que alternábamos con el «ande, ande, ande, la marimorena»..., y otros villancicos que describen de modo sencillo y profundo el sentido inefable del Misterio.

Un año apareció entre nosotros una niña austriaca. Había terminado la Segunda Guerra Mundial, de la que solo conocíamos algunos comentarios que hacían «los mayores». No había televisión y no sabíamos muy bien por qué llegaba aquella niña, Greta, pero, como ocurre en las familias numerosas, nos pareció

magnífico el tener alguien más con quien jugar y divertirnos. Nos íbamos a encargar de hacerla feliz entre todos.

La gran sorpresa fue en la cena de Nochebuena. Los mayores organizaron todo para que recordase su tierra con cariño y sin nostalgia. Tras la cena, el tío Pablo, que era bueno hasta decir basta, nos dijo, antes de los turronec, que se iba a arreglar las luces donde el portero.

Otro de los mayores anunció: «Ya son las doce, vamos a cantar villancicos ante el Nacimiento». Y allí fuimos, con la abuela siempre al frente, la gran *troupe* de hermanos, padres, tíos y primos para cantar a voz en grito lo mejor de nuestro repertorio musical.

Greta nos había enseñado el *Noche de Paz* y algún otro villancico en alemán. De pronto, sonaron unos golpes secos en un balcón: alguien quería entrar en un quinto piso. ¿Quién podía ser a esas horas y de esa manera?

Mientras los más pequeños empezaron a berrear asustados y los intermedios estaban con la boca abierta, Greta era la expresión radiante de felicidad. Las caras de todos pasaron a ser de sorpresa, alegría y entusiasmo al ver aparecer en el balcón a un simpatiquísimo Papá Noel —gordo, por supuesto, con casaca roja, botas de charol negro, barba blanca y un inmenso saco repleto de paquetes a la espalda—. Entró, se sentó en el mejor sofá y, en un perfecto alemán, nos contó las peripecias de su viaje y las prisas de última hora para aparecer justo cuando cantábamos al Niño Jesús, que era quien le mandaba los regalos con una condición: primero los villancicos y después las sorpresas.

Papá Noel se iba a sumar a las costumbres de nuestra familia. Aquello se hizo tradición y pasó de padres a hijos. Ese año

«nos íbamos a abrir a Europa», como diríamos hoy. Pienso que aquello fue, mucho más que un acercamiento a otra cultura, un gesto de ingenio y adhesión hacia esta niña y sus raíces.

En aquella ocasión, además de unas palabras en alemán, una tradición europea y el elemento un tanto exótico entonces de *Father Christmas*, aprendimos el sentido que tiene hacer todo lo posible por arrancar una sonrisa a quien lo necesita.

### **Los veranos en Orozco, el paraíso de los primos**

Orozco era en verano, el paraíso de los primos. Éramos los primeros nietos de doña Flora. La casa de la abuela Artiñano estaba muy cerca del monte Gorbea, a unos 30 kilómetros de Bilbao. Era grande, de piedra.

A los del pueblo les gustaba llamarle «el palacio» porque era un caserón de piedra, sólido, muy bien construido, rodeado por caseríos de los aldeanos en la subida hacia el monte. La abuela, con su estilo lleno de sentido común, colocó en la puerta de entrada unas baldosas, en las que todavía sigue escrito el nombre de «Caserío de la Virgen de Begoña».

Los aldeanos eran vascos de pura cepa. Apenas hablaban castellano; no resultaba nada fácil seguirlos, pero eran tan auténticos, y tan abiertos en su aparente cerrazón, que nos entendíamos de maravilla.

Lo suyo era el vascuence, con alguna palabra española pronunciada a su aire, de aquella manera. Hablaban a gritos y con gestos superexpresivos para hacerse entender, para que comprendiéramos bien sus palabras, siempre acogedoras.

¡Qué gente más sana y agradable! ¡Siempre de buen humor! Riéndose, felices de la vida. Imposible olvidar a Panchis, a María, a Rita, a su hija (a la que todos conocían como María, la de Rita), a Leandro y Juanito, y a tantos otros tipos geniales de otros caseríos de los alrededores.

Para más emoción, en el extremo opuesto de la finca, que era la parte baja del jardín, fuera ya de la casa, había un campo enorme con unos cuantos árboles. En aquella explanada, durante el verano, se instalaban, con cierta frecuencia, distintos campamentos de titiriteros.

Eran familias de feriantes, muy divertidos, simpáticos, abiertos, y que fueron de verdad nuestros amigos. Durante estos veranos se convirtieron en unos vecinos muy esperados con los que compartimos juegos, historias de sus recorridos, los caramelos que nos traían de algún viaje y el chocolate de nuestras meriendas.

Allí pasamos unos veranos inolvidables; nos reuníamos un montón de primos y no perdíamos un minuto sin hacer un buen plan: subíamos al monte a por setas, íbamos a los ríos de los alrededores a pescar cangrejos, a darnos un buen chapuzón y jugábamos al tenis o al escondite. La cuestión era no parar.

El viejo caserón fue testigo mudo de las juergas infantiles del montón de primos que, después de diez meses separados, nos reuníamos allí para pasar los meses de julio y agosto.

El punto de inflexión fue cuando uno de los primos, ya mayorcito, consiguió una escopeta de aire comprimido y empezó a perseguir a los cerdos de los alrededores disparándoles un perdigón en el trasero.



¡Imposible describir el lío que se organizaba cuando daba en la diana, viendo cómo el «atacado» y sus compinches salían disparados por toda la finca!

Aquello tan divertido se pasó de la raya. La abuela, con un par de travesuras más a sus espaldas, como meter gallinas en camas antes de irse a dormir, se cansó. Muy inteligente por su parte, decidió hacer algo que también nos iba a gustar tanto como a ella nuestras pequeñas chiquilladas.

Ella viviría en paz y nunca sola: cada uno de los primos, con su familia, se iría a veranear a otro sitio y todos por separado volveríamos a pasar unos días en Orozco. ¡Nos lo habíamos ganado a pulso!

## **De Bilbao a Neguri**

¡Qué lío se montó cuando nos mudamos a Neguri! Parecía que íbamos a otro país, pero en realidad solo nos fuimos a 15 kilómetros de la capital, a la orilla del Cantábrico, con la velocidad de los coches de la época.

La casa era muy acogedora. Un buen día se nos ocurrió pedir a mi madre que nos pusiera una pista de baile en uno de los salones y no sé cómo la convencimos para que cortara la moqueta del suelo y dejase, en el centro, un buen recuadro de madera para nuestro *café dansant*, punto de encuentro con nuestros amigos. La mayoría estudiaba en Deusto, y otros en la Escuela de Ingenieros.

El rincón llegó a ser el preferido del «pueblo». Al marcharnos, después del café y el baile, cubríamos el suelo con la